

Friedrich Hölderlin

(1770-1843)

DIEZ POEMAS

**Traducción de Carlos Beas
y Ricardo Silva-Santisteban**

No sé si alguien dijo alguna vez que traducir era como querer atrapar agua con una red, o si ésta es una frase que siempre me persigue y me alcanza al final de mis sueños. Para quienes conocen las dificultades que implica toda traducción poética, ésta es una opinión que todos comparten plenamente. Además de las dificultades que entraña la reproducción en la prosodia castellana de los versos de Friedrich Hölderlin (1770-1843), verter los poemas de este autor ha sido también penetrar a un mundo auroral y poblado por divinidades paganas y a los vastos paisajes del mundo que le tocó vivir, transmutados por la magia de su verso, en el propio tiempo y espacio del poema. En la lectura de cada una de sus creaciones no es difícil presentir el destino trágico del poeta que sería arrebatado en plena juventud por las divinidades de la locura que no escucharon su súplica de otorgarle nuevos veranos y así pudiera su canto seguir brotando, sin interrupciones, bajo las nubes y los soles nacientes.

Ricardo Silva-Santisteban



Friedrich Hölderlin. Retrato de F. K. Hiemer

CUANDO YO ERA UN MUCHACHO...

Cuando yo era un muchacho,
un dios me rescataba con frecuencia
del grito y de la vara de los hombres.
Jugaba seguro y dichoso
con las flores del bosque,
y las brisas del cielo
jugueteaban conmigo.

Y tú, Padre Helios,
que el corazón alegras de las plantas
cuando extienden a ti sus tiernos brazos,
mi corazón colmaste de alegría.
Y yo como Endimión,
sagrada Luna, fui tu favorito.

¡Oh, dioses bienhechores,
vosotros todos,
cómo supierais cuánto
os ha amado mi alma!

Cierto, no os llamaba entonces con nombres,
mas tampoco vosotros me nombrabais,
cual se nombran los hombres
cuando imaginan conocerse.

Pero yo os conocía mejor
de lo que nunca conocí a los hombres;
el silencio del Eter comprendía,
no entendí las palabras de los hombres.

El rumor me instruyó
del bosque susurrante,
y aprendí a amar
entre las flores.

Yo crecí entre los brazos de los dioses.

A LAS PARCAS

Dadme sólo un verano, ¡oh, poderosas!
y un otoño, y así madure el canto,
y que mi corazón, con dulces notas
saciado, muera luego entre deseos.

Si el alma no alcanzó en vida su fuero
divino, tampoco duerma en el Orco.
Pero si antes obtuve lo sagrado,
que habita en mi corazón, el poema,

sed bienvenido ¡oh mundo de las sombras!
Estaré satisfecho aunque mi lira
no me acompañe; nada, pues, preciso
porque una vez viví como los dioses.

SOCRATES Y ALCIBIADES

«Por qué, divino Sócrates, siempre rindes ofrendas a este joven? ¿Alguno más grande no conoces? ¿Por qué hacia él tus ojos contemplan arrobado cual si en los mismos dioses pusieses la mirada?».

«Quien piensa lo más hondo, aprecia lo más vivo; la insigne juventud la comprende por cierto quien ha mirado el mundo. Y a menudo los sabios acaban por rendirse ante lo bello».

DESCIENDE, SOL HERMOSO...

Desciende, sol hermoso; no te vieron
pues no te conocían ¡astro santo!
cuando sobre los hombres afanosos
ascendiste callado y sin esfuerzo.

Es para mí que asciendes y descienes
¡oh luz a quien mis ojos reconocen!
¡Oh fulgor! yo aprendí a honrar lo divino
cuando acendrabas Diótima mi mente.

¡Oh, cuánto te escuchaba mensajera
celestel, mi amor, Diótima, y mis ojos
contemplaban tu faz agradecidos,
y a ti, dorado día; murmuraban

las fuentes vivamente y me aromaban
las bellas flores de la oscura tierra,
y el Eter, sonriente, sobre nubes
argénteas se inclinaba a bendecirnos.

MITAD DE LA VIDA

Con peras amarillas
y henchida de rosas silvestres
pende la tierra en el lago;
vosotros, hermosos cisnes,
embriagados de besos
sumergís vuestra cabeza
en el agua sacra y pura.

¿Dónde, ay de mí, coger
en invierno las flores,
dónde la lumbre del sol
y las sombras de la tierra?
Los muros se levantan
mudos y fríos; al viento
rechinan las veletas.

COMO EN UN DIA DE FIESTA...

Como en un día de fiesta el labriego, de mañana,
sale a contemplar el campo, tras una cálida noche,
de relámpagos preñada, que aún truenan a lo lejos;
retorna, entonces, el río nuevamente hacia su cauce
y fresco el suelo verdea,
y en los pámpanos destila dichosa lluvia del cielo
y se encumbran relucientes,
bajo un sol sosegado, densos árboles del bosque:

así os encontraréis vosotros, bajo un clima favorable,
a quienes no os educó sólo un único maestro
sino la Naturaleza, siempre prodigiosamente
omnipresente, estrechándoos, la divinamente bella.
Por eso si en ciertas épocas del año dormir parece
ella allá en los cielos o entre las plantas o entre los pueblos,
el rostro de los poetas también se encuentra de duelo,
parecen quedarse solos, pero siempre la presienten.
Pues ella misma reposa, al presentirse a sí misma.

Pero ya despunta el día. Esperé y lo vi venir,
y lo que vi, lo sagrado, se convierta en mi palabra.
Pues ella que es más antigua que los tiempos más remotos,
y es superior a los dioses de Oriente y de Occidente,
la misma Naturaleza con rumor de armas despierta,
y desde lo alto del éter, hasta el fondo del abismo,
siguiendo rígida ley,
como antaño por el sacro Caos engendrada, siente
otra vez el entusiasmo creador de toda cosa.

Y cual los ojos del hombre resplandecen con un fuego,
cuando su mente concibe un eminente designio,
de igual forma ante los signos y los sucesos del mundo,
ahora se enciende un fuego en el alma del Poeta.
Y lo que antes sucediera y que apenas se advertía,

sólo ahora se revela;
y aquellos que sonriendo, bajo apariencia de siervos,
cultivaban nuestros campos, son hoy ya reconocidos
como las fuerzas divinas siempre vivas de los dioses.

¿Es que preguntas por ellas? Alienta su alma en el canto
si lo anima el sol del día y el de la cálida tierra,
y también los vendavales que en los aires se desplazan,
y los otros que se engendran en las honduras del tiempo,
que nos son más perceptibles y más plenos de sentido,
cruzan entre cielo y tierra y corren entre los pueblos.
Son estos los pensamientos del Espíritu común
que con silencio maduran en el alma del poeta,

la cual, familiarizada desde hace ya largo tiempo
con lo infinito, la siente de súbito estremecida
aún por este recuerdo y por el rayo sagrado
encendida, logre el fruto nacido por el amor,
obra de dioses y de hombres, el canto que nos otorgue
de unos y otros testimonio. Así cayó el rayo sacro,
según cuentan los poetas, en la casa de Semele,
cuando ella ver al dios quiso y, fulminada ceniza,
dio a luz al sagrado Baco, fruto de esta tempestad.

Gracias a ello beber pueden ahora fuego celeste,
sí, los hijos de la tierra, sin temer ningún peligro.
Y a nosotros, los poetas, permanecer nos concierne,
con desnuda testa, bajo las tempestades de Dios,
y tomar con nuestras manos el mismo rayo del Padre,
y este regalo celeste cual don ofrecerlo al pueblo
bajo la forma del canto.
Pues sólo nosotros somos, de igual forma que los niños,
de límpido corazón y de manos inocentes.

El rayo puro del Padre no habrá ya de consumir
y, conmovido hondamente, al compartir las congojas
de un dios, ha de perdurar firme en el corazón eterno.

RECUERDO

Sopla el viento Nordeste,
el viento que más amo,
porque espíritu ardoroso y buen viaje
otorga a los marinos.

Ahora ve y saluda
al hermoso Garona,
y a los jardines de Burdeos, donde,
en la escarpada orilla,
corre el sendero y viértese el arroyo
hondo en el río y mira en la distancia
una noble pareja
de roble y de álamo plateado;

lo evoco todavía con agrado
y cómo inclina el bosque de los olmos
sobre el molino las espesas copas;
en el patio una higuera está creciendo.
En los días de fiesta,
sobre un sedño suelo
van mujeres morenas,
al llegar primavera,
cuando el día y la noche son iguales,
y por morosas sendas
cargadas de áureos sueños
soplan las leves auras susurrantes.

Pero que alguien me alcance
una fragante copa
de oscura luz colmada
con que tenga descanso, pues muy dulce
me sería dormir entre las sombras.
No es fructuoso que el alma
ante los pensamientos

pasajeros se doblegue,
es bueno, sin embargo, una tertulia
que exprese el parecer del corazón,
y escuchar de los días del amor
y de señeros actos consumados.

Pero, ¿dónde se encuentran los amigos?
¿dónde está Belarmino y compañeros?
En verdad, muchos temen remontarse
hasta las fuentes; que en el mar comienza
la riqueza, y aquellos, cual pintores,
atesoran lo bello de la tierra
y el alado combate no desdeñan
ni vivir solitarios largos años,
bajo el mástil sin hojas,
cuando no resplandecen en la noche
ni los días de fiesta en las ciudades
ni los bailes nativos ni la música.

Pero ahora los hombres
partieron a las Indias,
a las cumbres aéreas
donde, entre viñedos, el Dordoña
desciende para unirse
al Garona magnífico
que termina su curso con la anchura
del mar. Pero es el mar el que arrebat
o acopia la memoria,
y pródigo el amor fija los ojos.
Mas lo que permanece,
lo fundan los poetas.

EL INVIERNO

Cuando la pálida nieve embellece la campiña
y un resplandor encumbrado fulge en la vasta llanura,
el verano ya remoto nos seduce, y complaciente
la primavera se acerca cuando la hora declina.

Una espléndida visión y es el aire muy más puro,
iluminado está el bosque y ningún hombre transita
por los distantes caminos cuando el plácido silencio
se torna en algo sublime y no obstante todo ríe.

No brilla aún primavera con el fulgor de las flores
que tanto anhelan los hombres, sin embargo las estrellas
resplandecen en el cielo y es hermoso contemplar
aquel cielo tan lejano que muy poco se transforma.

Son los ríos cual llanuras y aunque se encuentren las
formas
difusas, destacan más todavía, persevera
la suavidad de la vida, y en la distancia infinita
se aprecia con claridad la amplitud de las ciudades.

EL PANORAMA

Cuando a lo lejos se pierde la vida que habita el hombre,
cual la lejanía donde brilla el tiempo de las vides,
vacía se manifiesta la campiña del verano
y luego aparece el bosque con una imagen oscura.
Que la forma de los tiempos Naturaleza concluya,
que se demore, y después veloz por allí transite,
la perfección alcanzando, y la cima de los cielos
relumbre para los hombres como flores en los árboles.

24 de mayo de 1748

Humildemente,

Scardanelli